

**La conciencia del atraso socioeconómico:  
la mirada de los viajeros españoles del siglo XVIII  
hacia las «periferias» europea y musulmana**

**The awareness of socioeconomic backwardness:  
the look of eighteenth-century Spanish travelers  
towards the european and muslim «peripheries»**

LUIS PERDICES DE BLAS

Universidad Complutense de Madrid  
<http://orcid.org/0000-0001-6890-1129>

JOSÉ LUIS RAMOS GOROSTIZA

Universidad Complutense de Madrid  
<http://orcid.org/0000-0002-1187-1464>

*CESXVIII*, núm. 33 (2023), págs. 211-241

DOI: <https://doi.org/10.17811/cesxviii.33.2023.211-241>

ISSN: 1131-9879

ISSNe: 2697-0643



Universidad de Oviedo



INSTITUTO FEIJOO DE  
ESTUDIOS DEL SIGLO XVIII

#### RESUMEN

Algunos viajeros ilustrados españoles de la segunda mitad del siglo XVIII, conscientes del atraso relativo de España, visitaron el «centro» económico y cultural de la Europa de la época buscando aprender aquello digno de ser imitado para así poder contribuir luego a la reforma de su propio país. Sin embargo, hubo otros viajeros ilustrados españoles que, haciendo gala de una notable capacidad analítica, decidieron visitar lo que entonces podían considerarse «periferias», como Portugal, Rusia, Marruecos y el Imperio Otomano. Este trabajo analiza qué buscaban estos viajeros –de un país «periférico» como España– en estas otras «periferias» y si dichos viajes pretendían también ser «útiles» en el sentido ilustrado.

#### PALABRAS CLAVE

Siglo XVIII, viajes, imagen socioeconómica, Portugal, Rusia, Marruecos, Imperio Otomano

#### ABSTRACT

Some enlightened Spanish travelers from the second half of the 18th century, aware of the relative backwardness of Spain, visited the economic and cultural «center» of Europe at the time seeking to learn what was worthy of being imitated, to later contribute to the reform of their own country. However, there were other Spanish travelers who, displaying a remarkable analytical ability, decided to visit what could then be considered «peripheries», such as Portugal, Russia, Morocco, and the Ottoman Empire. This work analyzes what these travelers –from a «peripheral» country like Spain– were looking for in these other «peripheries», and whether these travels were also intended to be «useful» in the enlightened sense.

#### KEYWORDS

18th century, travel, socioeconomic image, Portugal, Russia, Morocco, Ottoman Empire

*Recibido:* 22 de septiembre de 2022. *Aceptado:* 11 de diciembre de 2022.

## Introducción

El *Grand Tour*, ese viaje de formación que emprendían los hijos de la nobleza europea –sobre todo británica– como parte de su educación, incluía esencialmente Italia y Francia, pero también Países Bajos y Centroeuropa. Se entendía que era allí donde se encontraba la Europa más civilizada, a la cabeza de la cultura y el arte, pero también del desarrollo material, aunque en este aspecto fuera la propia Gran Bretaña la que lideraba el progreso económico.<sup>1</sup> No es extraño entonces que algunos viajeros ilustrados españoles de la segunda mitad del siglo XVIII, conscientes del atraso relativo de España, buscaran «ver y tratar [todas estas] Naciones de quienes [se podía] aprender mucho, y cuya cultura, urbanidad e industria» eran objeto de admiración. Se trataba de comparar lo visto fuera con lo propio, tomando «de cada pueblo lo que [parecía] más digno de ser imitado», y contribuir así «a una reforma que [introdujese] lo que falta y [desterrase] lo que daña» (Clavijo y Fajardo, 1763: 161-164). Entre los citados viajeros españoles que visitaron el «centro» económico y cultural de la Europa de la época cabe citar a Leandro Fernández de Moratín, Gaspar de Molina y Zaldívar, Nicolás de la Cruz y Bahamonde, José de Viera y Clavijo, Nicolás Rodríguez Laso o Diego Alejandro Gálvez.

Sin embargo, hubo otros viajeros ilustrados de la segunda mitad del Setecientos que decidieron visitar lo que entonces se podían considerar «periferias», como Portugal, Rusia, Marruecos y el Imperio Otomano. ¿Qué buscaban los viajeros de un país «periférico» como España en estas otras «periferias»? ¿Qué se podía aprender de estos casos, a su vez tan diferentes? ¿Eran también estos viajes «útiles» en el sentido ilustrado? ¿Iban allí los viajeros con preconcepciones definidas? ¿Las reafirmaron a la luz de lo observado? ¿Fue su mirada hacia estas «periferias» muy diferente de la mirada hacia América? Todas estas preguntas, entre otras posibles, son las que se plantea el presente trabajo.

---

<sup>1</sup>Sobre cómo percibieron los ilustrados españoles los cambios económicos que estaba experimentando Inglaterra –pionera de la Revolución Industrial– se puede consultar Ramos Gorostiza (2010).

## Portugal y Rusia: los dos extremos periféricos de Europa

Portugal, Rusia y España fueron considerados países «periféricos» al margen del *Grand Tour*, y ello pese a que —especialmente los dos últimos— fueron grandes potencias imperiales durante el Setecientos. De hecho, Rusia y España fueron grandes desconocidas en la Europa del siglo XVIII, y curiosamente quedaron caracterizadas frente al exterior con rasgos comunes, estereotipos repetidos una y otra vez —sobre todo por los ilustrados franceses— que las presentaban como naciones atrasadas, ignorantes y fanáticas, irremediabilmente al margen de la modernidad, y que dirigían de forma despótica unos imperios decadentes. En cuanto a Portugal, otro gran desconocido, a los viajeros españoles les resultó familiar por ser un país con el que España compartía clima, medio físico y ciertos rasgos culturales e institucionales.

### *1. Portugal: las grandes similitudes socioeconómicas con el ignorado vecino ibérico*

Los viajeros españoles que recorrieron Portugal, si bien se quejaron del estado de los caminos o de las posadas y criticaron algunos aspectos de su situación socioeconómica, no dieron una visión extremadamente negativa del país, al contrario que otros viajeros europeos (Ortega Chinchilla, 2016: 324). Tres viajeros representativos que prestaron particular atención a los aspectos económicos fueron Campomanes, Nifo y Cornide. Los dos primeros viajaron en una coyuntura en la que España y Portugal estaban enfrentadas militarmente, por lo que se fijaron mucho en las fortalezas o los caminos, y publicaron sus relatos en 1762, en pleno litigio entre ambos países en sus territorios americanos.<sup>2</sup> Cornide estuvo en Portugal entre 1798 y 1801, pero tuvo que regresar a España por la llamada «guerra de las Naranjas».<sup>3</sup>

El más relevante economista del reinado de Carlos III, el asturiano conde de Campomanes, describió en su *Noticia geográfica del reino y caminos de Portugal* (1762) sus diferentes provincias, atendiendo principalmente a su fertilidad. La situada entre el Duero y el Miño contaba con los caminos «más cómodos» del país, siendo Oporto el centro de la red viaria pese a «estar en la extremidad

---

<sup>2</sup>También en 1762 se editó el libro de Torrubias y Ponce (1762). Trata de las seis provincias de Portugal y de sus territorios en África, Asia y América.

<sup>3</sup>Otros ilustrados españoles viajaron a Portugal en el siglo XVIII. El botánico catalán Joan Salvador, por ejemplo, lo hizo entre 1716 y 1717, y —fuera de señalar el estado de los caminos o describir el paisaje con un lacónico «terreno cultivado»— dedicó pocos párrafos en su relato a la situación económica (Salvador, 1972: 69). Por su parte, el erudito valenciano Francisco Pérez Bayer, en 1782, se interesó sobre todo por los monumentos y sus inscripciones. Sobre los viajeros españoles por Portugal véase Ortega Chinchilla (2016).

meridional de la misma provincia»; su fertilidad se debía a que estaba regada por numerosos ríos (Rodríguez Campomanes, 1762: 7, 18). A la provincia de Extremadura también la calificó de fértil porque producía trigo, vino, aceite, mijo, legumbres, frutas y «mucho pescado en su costa»; además, en ella se ubicaba Lisboa, centro de «un gran comercio» mundial (105). Respecto a Tras-Los Montes, sus «cosechas de centeno, trigo y vino [eran] las más principales», a pesar de que su terreno era «seco y áspero» en algunas zonas (19-20).

La situación de las otras tres grandes provincias portuguesas era más heterogénea. En el caso de Beira, sus posadas eran incómodas y el terreno montañoso, «aunque los valles que [formaban] los muchos ríos que [corrían] en esta provincia la [hacían] fértil en centeno, mijo, ganado, pesca, y frutas invernizas», y en ella también se producía «trigo y mucho vino en las orillas del Duero» (Rodríguez Campomanes, 1762: 40). No obstante, era «bastante pobre» y gran parte de su población emigraba a Lisboa (44). En cuanto al Alentejo, su terreno era muy «desigual», si bien tenía un sector ganadero próspero (114). Por último, el Algarbe era una provincia poco poblada, muy montañosa y con unos caminos «penosos», siendo «los vinos, uvas, pasas, higos secos y almendras» sus frutos primordiales y la base de su comercio con el norte del país, a los que había que añadir el atún que se pescaba en las almadrabas de sus costas (187-188, 195). Lo que sorprende de Campomanes es que, siendo un economista tan observador, tuviese en cuenta principalmente los factores físicos y climáticos para explicar los diferentes resultados económicos de cada provincia, a diferencia –como se verá– de Nifo o Cornide.

El periodista aragonés Francisco Mariano Nifo también publicó su *Descripción histórica y geográfica del Reyno de Portugal* en 1762. En el prólogo subrayaba el gran desconocimiento que se tenía del país vecino, el cual venía agravado por la coyuntura bélica que empañaba las relaciones entre ambas naciones ibéricas en sus territorios americanos. Afirmó que el clima de Portugal era, «sin duda, de los más benignos de la Europa, aunque con bastante diferencia en sus provincias», y que el país disfrutaba de cuatro grandes ríos para su riego (Tajo, Duero, Miño y Guadiana); además, la Naturaleza había sido «generosa con el reino de Portugal en el repartimiento de sus frutos», entre los cuales tenían un primer lugar el trigo, el vino y el aceite (Nifo, 1762: 8-9). A todo lo apuntado había que añadir los valiosos bienes procedentes de sus colonias (azúcar, cacao, marfil, maderas preciosas, añil, pimienta, clavo, salitre, coral, almizcle, etc.), que nutrían un lucrativo comercio. Aunque antiguamente se había valorado también la riqueza minera lusa, desde que África, Asia y América «franquearon liberalmente sus tesoros, se consideró como inútil» su laboreo, con excepción de la sal, que se extraía en gran cantidad (12).

Nifo mantuvo –como Campomanes– que la provincia situada entre el Duero y el Miño era muy fértil y de gran riqueza agraria (trigo, vinos, ganado, lino, lanas, etc.), y que la provincia de Extremadura también destacaba por su fertilidad y por ser Lisboa una de las ciudades más pobladas de Europa, cuyo espacioso puerto ocupaba un lugar estratégico en la navegación mundial (Nifo, 1762: 62, 89, 166).<sup>4</sup> En cambio, no prestó especial atención a la producción manufacturera portuguesa, aunque sí dio cuenta, por ejemplo, de la producción de materias primas como lana y lino entre el Duero y el Miño.

A pesar de reseñar las fuentes de la prosperidad del país vecino, y a diferencia de Campomanes, Nifo no dudó en realizar un análisis crítico de su situación económica: «Mayor sería esta prodiga liberalidad de la Naturaleza, y la fertilidad se ostentaría más esparcida, si la disposición del terreno se viera más atendida del cuidado del Arte y de la solicitud y amor al trabajo»; es más, esta «negligencia» –combatida tanto por los arbitristas del siglo XVII como por los ilustrados españoles– la achacaba tanto al «desamor con que se mira[ba] el cultivo de las tierras, como [a] la codicia de plantar viñas y limoneros inútiles con los que ha[cía] gran comercio en países extranjeros, sin atender a que la mayor parte de este lucro se les [volvía] a dar con la otra mano para conseguir de ellos el trigo, de que frecuentemente se pade[cía] carestía en el reino» (Nifo, 1762: 9-10). En una nota a pie de página fue todavía más explícito, acusando a Inglaterra de someter a Portugal a sus intereses comerciales, y también achacó la carestía que soportaba algunas veces el país a la extracción de harina hacia sus territorios en otros continentes (9-10).

El gallego José Cornide, académico de la Real Academia de la Historia, fue comisionado por dicha institución para hacer un «viaje literario» a Portugal, aunque parece que su verdadera misión era secreta y consistía en informar a Godoy del estado defensivo del país vecino.<sup>5</sup> Estuvo en Portugal entre 1798 y 1801, y la descripción de su viaje –para el que, entre otras fuentes, utilizó el citado libro del también académico Campomanes– fue presentada a la Academia en 1802, publicándose luego a finales del siglo XIX. El texto es un retrato más minucioso de Portugal que los de Campomanes y Nifo.

Antes de comenzar a describir las seis provincias en las que estaba dividida Portugal, trató de su clima, caminos, ríos, cursos navegables, costas y montañas, toda ella información importantísima en caso de enfrentamiento bélico. Como

---

<sup>4</sup> La fascinación por Lisboa estuvo presente en todos los viajeros españoles. Así, el fraile franciscano Rafael Rodríguez Mohedano (1773: 82-83) afirmó que Lisboa era «hermosísima» y se había «levantado [aún] más bella de las ruinas del terremoto». No obstante, Cornide comentó que, aun siendo una urbe con más de 200 000 habitantes, «si fuese tan limpia como bien situada sería una de las mejores ciudades de Europa» (Cornide, 1893-1897, I: 26).

<sup>5</sup> Sobre los diversos viajes de Cornide véase Abascal y Cebrián (2009).

sus predecesores, también señaló que la provincia situada entre el Duero y el Miño tenía una «feliz situación» por su clima y por estar regada por dos ríos importantes, y recordó que desde los romanos había sido el territorio luso más poblado (Cornide, 1893-1897, I: 159-160). En sintonía con el ideario reformista agrario plasmado en la colonización de Sierra Morena y Andalucía –iniciada en 1767 durante el reinado de Carlos III y bajo la tutela de Campomanes–, la clave de su prosperidad radicaba en las pequeñas explotaciones agrarias esparcidas por el campo:

En ella está muy floreciente la agricultura, porque la buena distribución de su vecindario en pueblos pequeños y caseríos separados, facilita el aprovechamiento de las más ventajosas situaciones para la cultura y el de las aguas de los muchos ríos, arroyos y fuentes, que no solo brotan naturalmente por todas partes, sino que la industria sabe sacar de las entrañas de la tierra por medio de minas y socavones. (Cornide, 1893-1897, I: 164)

Los cultivos más comunes eran maíz, centeno, lino, trigo, cebada, fréjoles, nabos, legumbres, castañas, nueces, bellotas, vino, aceite y frutas. Además, contaba con ganadería estabulada y pesca. Y por si esto fuera poco, disfrutaba también de un intenso comercio gracias a la proximidad del puerto de Oporto. La comarca de Oporto, en particular, era relevante por su comercio, pesca y vino, que se exportaba sobre todo a Inglaterra y a los territorios portugueses fuera de Europa (Cornide, 1893-1897, I: 183). También describió la riqueza del sector manufacturero en dicha comarca, con sus telares de seda, paños finos, bayetas, bayetones y «fábricas» de jarcias, tabaco, teñido, papel blanco y pintado, loza fina, y «pipas y toneles con duelas de Hamburgo» (185). Todas estas fábricas estaban protegidas por el Estado y se eximía del pago de aranceles a las materias primas que se precisaban importar para su funcionamiento (185-186).

También era una provincia próspera la de Tras-Los Montes por sus «grandes poblaciones», «fértiles campos» –que producían trigo, centeno, maíz, fréjoles y habas–, abundante cabaña equina, y buen clima para el plantío de olivos y viñas (Cornide, 1893-1897, I: 237-238). En suma, su agricultura se hallaba «en muy buen estado», especialmente en las «tierras de la margen del Duero», donde la nobleza vivía en sus haciendas –circunstancia muy aplaudida por los reformistas ilustrados españoles– y donde la abundancia en la que vivían sus habitantes les hacía «generosos, libres, vanos, altivos [y] amantes del lujo», aunque «poco adictos al trabajo» (238-239).

De la provincia de Extremadura destacó su excelente ubicación y clima, que le permitía producir principalmente trigo, vino y aceite y dedicarse a la pes-

ca. De hecho, su agricultura era «la más bien entendida del reino», aunque sus tierras no las explotaran directamente sus propietarios (Cornide, 1893-1897, II: 4). En esta provincia sobresalía Lisboa por su trazado urbanístico y su puerto con un intenso tráfico mercantil internacional, y también por sus establecimientos literarios, bibliotecas, museos, jardines, almacenes de bacalao y fábrica de tabaco (18). El resto de la provincia resaltaba igualmente por su riqueza manufacturera: Alcobaça contaba con una fábrica de tejidos de algodón fundada en tiempos del marqués de Pombal, que cuando pasó de manos estatales a privadas llegó a tener hasta doscientos cincuenta telares; Marinha Grande tenía una fábrica de vidrio que había construido el inglés «Williams Stiphens» a mediados del XVIII, y a la que el monarca había dado el privilegio de la venta en exclusiva de sus productos en Portugal y sus territorios extraeuropeos; y en Tomar se ubicaba una fábrica de tejidos de algodón con 10 000 husos (151, 178, 191). De la otra provincia del centro de Portugal, Beira, Cornide solo subrayó su extensión y que en ella se localizaba la Universidad de Coímbra.

Su descripción del Alentejo fue negativa en un primer momento, y ello por los mismos hechos denunciados por los reformistas agrarios españoles para el caso de España:

en estos distritos el sistema de agricultura es muy desigual, porque divididos entre grandes propietarios y en extensas haciendas, los pocos labradores de los pueblos inmediatos tienen que sujetarse para su subsistencia a un corto jornal el día que necesita emplearlos el propietario. El resto de la provincia se halla repartido en aldehuelas o caseríos con nombre de montes, adonde reunidos o separados cuatro o cinco vecinos, cultivan con poco lucro las tierras que rodean su habitación, sin que cuiden de plantar árboles ni aun de sembrar legumbres para su gasto ordinario, porque recelosos de que si mejoran de aspecto sus haciendas excitarán la envidia de sus vecinos, y ofreciendo aumento de renta a los dueños del dominio, se verían despojados del terreno que cultivan desde el tiempo sus mayores: solo cuidan de mejorarlo sin apariencias de mejora, y se contentan con lo que la tierra les produce y con la cría de algunas aves que venden a los recoveros de la capital. (Cornide, 1893-1897, III: 4)

De los habitantes de la parte occidental del Alentejo señaló que su «constitución agraria les oprim[ía]» y su «clima ardiente y enfermizo les hac[ía] melancólicos, flojos» y poco activos para la agricultura y la guerra (Cornide, 1893-1897, III: 8). Sin embargo, afirmó que era la provincia «más abundante de trigo de todo el reino» y tenía una gran cabaña porcina (5). En cuanto a las manufacturas, anotó que eran de «muy buena calidad» las «del Redondo, San Miguel

de Machede y Portalegre»: «las primeras sostenidas por los propios naturales, y la tercera por una Compañía de comerciantes de Lisboa». También en la villa de Odemira se ubicaba una fábrica de curtidos (6-7).

Finalmente, la provincia del Algarbe estaba «bien cultivada», producía granos, vino y frutas, y contaba con un buen sector pesquero, pero carecía de «aquellas dilatadas y pingües campiñas, tan frecuentes y fértiles en nuestra Andalucía» (Cornide, 1893-1897, III: 137-139). De Faro, en particular, destacó que su campo era «muy alegre y poblado de huertas y quintas» que estaban bien cultivadas (155). Además, los habitantes de esta región eran «industriosos, trabajadores, buenos marinos y aplicados al comercio y la negociación», siendo «sus costumbres, en gran parte, parecidas a las de la vecina Andalucía» (142).

En suma, Cornide tuvo una visión positiva de los sectores productivos portugueses. No obstante, señaló algunos de sus puntos débiles –como la dejadez de sus habitantes o el sistema de explotación agrícola en algunas provincias– al igual que hicieron los reformistas ilustrados españoles con respecto a España. Pero nunca dejó de destacar sus elementos favorables, como se puede apreciar sobre todo en su retrato del Alentejo.

## *2. La lejana Rusia: gran potencial, notables progresos y problemas singulares*

De los españoles que viajaron a Rusia en el Setecientos, cabe destacar a dos que incidieron especialmente en aspectos económicos de actualidad en la España de la época, Manuel Colombi y Luis del Castillo, y también al caraqueño Francisco de Miranda, un viajero muy peculiar y poco crítico con la situación socioeconómica rusa.<sup>6</sup>

Manuel Colombi fue cónsul general de Rusia y redactó un informe titulado «Resumen de la geografía del Imperio de Rusia con miras generales sobre su comercio interior y la población de sus provincias», firmado en San Petersburgo en 1788. En él realizó una descripción del vasto imperio ruso incidiendo en la navegación fluvial, uno de los temas prioritarios del proyecto reformista de su destinatario, el conde de Floridablanca, y también de los economistas españoles de la Ilustración. Precisamente, por las mismas fechas que Colombi, Floridablanca

---

<sup>6</sup>Entre 1736 y 1738, Manuel Antonio Mena publicó en dos tomos una historia de los zares de Rusia hasta el padre de Pedro I el Grande. En general, mantuvo que «la hermosura de aquel País» no era «de las más apropiado para la comodidad y el comercio de los Pueblos», aunque habían «crecido lunares» que hermoseaban el país, como las muy fértiles riberas de los ríos caudalosos (Mena, 1736-1738, I: 6-7). Describió la prosperidad del sector primario y del comercio con los países del Báltico, pero también con Inglaterra y Holanda, para terminar, diciendo en tono mercantilista que su riqueza provenía de no importar más de lo que exportaba. Elogió a Pedro I –«el esclarecido héroe»– porque había «dispuesto lo tocante al Comercio con singular acierto», sobre todo facilitando la comunicación entre el Volga y el Don. También tuvo palabras para los avances de todas las artes, tanto liberales como mecánicas, producidos en tiempos recientes (Mena, 1736-1738, I: 28-29, 164).

mantuvo la necesidad de fomentar «los caminos y canales de riego y navegación, sin los cuales no [podía] haber facilidad ni ahorros en los transportes»; para ello propuso una Junta de Estado –creada en 1787– que articulase «los medios y arbitrios más efectivos de abreviar la completa ejecución de estas ideas» relativas a la construcción de canales (Floridablanca, 1982: 131). Por tanto, no es de extrañar que Colombi comenzase su informe dando cuenta del proyecto de Pedro I de unir el Volga con el Don a través de un canal que comunicara el Mar Caspio con el Negro, destacando las favorables consecuencias que se derivarían para el tráfico mercantil, aunque señalando también las dificultades del proyecto (que llevaron a realizar algunas rectificaciones en el reinado de Catalina II) (Colombi, 1788, 13).

Al tratar de la división administrativa del Imperio, Colombi destacó que las provincias fértiles lo eran en parte por estar regadas por algunos de los principales ríos –como el Volga, el Don, el Ural o el Niéper, que además eran navegables–, o bien por estar próximas a las costas. A modo de ejemplo, mantuvo que Smolensko, al estar a las orillas del río Dniéper, tenía una clara «ventaja para el comercio», y que la ciudad ruso-europea de Arcángel –situada a orillas del río Dviná, cerca de la desembocadura de la bahía del mismo nombre– se había fundado en 1584 para facilitar el comercio marítimo por el Mar Blanco (aunque casi todo este tráfico mercantil estuviera por entonces en manos de «negociantes extranjeros», en particular ingleses) (Colombi, 1788: 25, 34).

En su breve informe, Colombi describió sobre todo la riqueza natural rusa –fertilidad de la tierra, bosques, caza, pesca, minas, etc.– pero no se mostró explícitamente crítico con la situación de las regiones analizadas. Solo hizo alguna crítica velada, como cuando afirmó que «la población del vasto Imperio de la Rusia no [era] proporcionada a su extensión»: tras el empadronamiento de 1732, apenas había veintiseis millones de habitantes, aunque realmente esta cifra debía elevarse al menos a treinta millones (Colombi, 1788: 16).

Luis del Castillo viajó por Rusia durante cuatro años pensionado por Carlos IV para aprender francés, alemán y ruso, y en 1796 publicó su *Compendio cronológico de la historia y del estado actual del Imperio Ruso*, dedicado a Godoy. El libro lo escribió con «el fin de promover el Comercio y el aumento de Marineros expertos para la Marina Mercante», sirviendo así útilmente a la patria (Castillo, 1796: 4). En el prólogo mantuvo que «el Comercio [era] asunto de mucha consideración»:

[Es] una de las causas de la felicidad de un reino, y contribuye a la población porque los propietarios de los frutos de la tierra quieren trocarlos por goces: los hombres sin propiedades desean cambiar su trabajo por subsistencias; [y] en

esta sencilla operación contribuyen a la población, acercando a los propietarios los objetos que les son agradables, y al mismo tiempo hacen circular los géneros de primera necesidad a proporción de las urgencias que se observan. (Castillo, 1796: 1-2)

Asimismo, la navegación era relevante porque era «origen de poder», y por ello había que protegerla (Castillo, 1796: 3). Claramente, como otros ilustrados españoles, Castillo estaba defendiendo en estos párrafos la dignidad del comercio y su compatibilidad con la nobleza, como había ocurrido en la antigua Grecia, en la que los «más grandes señores eran comerciantes» (2). Es más, en el pasado los mercaderes rusos habían sido estimados después de la nobleza de más bajo estrato, e incluso habían contado con privilegios y participado en el gobierno (80). Pero Castillo criticó el excesivo lujo de la corte de San Petersburgo y de los aristócratas por ser «una peligrosa seducción para los demás ciudadanos, [y] en particular para los comerciantes, que [querían] seguir en todos los pasos de aquellos» (225).

Castillo (1796: 49) también afirmó que el imperio ruso era uno de los más vastos de la historia porque comprendía «casi la quinta parte de las tierras conocidas del globo»; de este modo, la variedad de su clima se convertía en una ventaja, pues «nunca la abundancia o la escasez» era general en él (71). Además, la red de canales facilitaba el intercambio entre las producciones de las diferentes regiones. En suma, la Naturaleza había sido en Rusia «muy liberal en la distribución de sus dones» (54). Así, por ejemplo:

Los Gobiernos de Livonia, de Pleskof, de Smolensko, de Ucrania, de Moscof, de Belgorod, de la grande y baja Nowogorod, de Woronesch y de Kazan, son los graneros del Imperio. Después de sacar de estas tierras tan fértiles una abundante subsistencia; después de todos los granos que consumen sus fábricas de cerveza, y después de haber sacado gran cantidad de aguardiente [...] ceden los rusos lo restante de estas abundantes cosechas a la Suecia, a la Inglaterra y a la Holanda. (Castillo, 1796: 55)

Al grano había que añadir las cosechas de aceite y cáñamo (para abastecer a la Marina y a las fábricas de lienzo y para la exportación), así como caballos, cera, bosques, viñas y pesca en los grandes ríos como el Volga y el Don. En las provincias del centro del Imperio abundaba el cultivo de frutas desconocidas en el resto de Europa, y en Finlandia y Ucrania destacaban las plantaciones de tabaco. Y a todo ello se unía, en la parte asiática del Imperio, su riqueza en minas de hierro, cobre, topacios, ágatas, jaspe, sal, azufre, alumbre o salitre (Castillo, 1796: 55, 60-61, 63).

En definitiva, «nada [probaba] mejor la fertilidad de la Rusia [que] la grande extracción que anualmente se hac[ía] en sus puertos de cáñamo, lino, trigo, y otras producciones» (Castillo, 1796: 62). Sin embargo, aún debería aprovechar mejor su riqueza natural, pues se daba la circunstancia de que un imperio que abastecía a toda Europa de las materias primas necesarias para la construcción de navíos tenía una fuerza naval modesta (162); y, asimismo, «si la industria y el trabajo fueran en Rusia proporcionados a la fertilidad del terreno, hubieran descubierto un nuevo manantial de riqueza, fomentando la cochinilla en las orillas del Don» (63-64).

Castillo (1796: 168) elevó el tono de su crítica al señalar que «la grande desigualdad de población» que había en Rusia en proporción a su inmensa extensión, era una de las causas de que quedase la mayor parte del terreno inculto.<sup>7</sup> Por este motivo, Pedro I había intentado atraer extranjeros, en particular «militares, fabricantes y artesanos de todas clases», y Catalina II había seguido la misma estrategia no siempre con éxito (75). No obstante, Castillo profundizó en la búsqueda de otras posibles causas del atraso de la agricultura rusa, y realizó una demoledora crítica al denunciar que existían tierras incultas en Siberia debido a

la esclavitud en que se halla el labrador, pues su persona y bienes pertenecen a la nobleza; de suerte que, como no trabaja sino para el provecho de sus amos, no pone en sus trabajos la décima parte de la atención que podría si gozará del fruto de sus tareas. La pobreza en que gimen estos infelices les impide que puedan procurarse por dinero los útiles necesarios para la agricultura, que, fabricados por ellos mismos, son por consiguiente todo mal hechos y de poca duración. Esto, y no tener ganados suficientes para estercolar las tierras, es causa de que la agricultura esté bastante decadente y el labrador miserable. (Castillo, 1796: 62-63)

Muchos problemas de la agricultura se derivaban de la «pereza, hija de la opresión y del desaliento», que a su vez redundaba en una baja productividad, siendo así que los rusos no generaban ni «la cuarta parte del trabajo que un número igual de hombres hiciera en otros países» (Castillo, 1796: 169). Por tanto, había que asegurar las propiedades y que el labrador disfrutase del fruto de su trabajo. Sin embargo, en este tema espinoso de la propiedad y la servidumbre se habían producido algunos avances en los últimos años, porque los nobles más humani-

---

<sup>7</sup> «Si la población de este vasto Imperio fuera equivalente a su inmensa extensión y tuviera alguna proporción con la de otros países mediatamente poblados, el número de sus habitantes debería subir a 200 millones lo menos» (Castillo, 1796: 72). En cambio, la estimación de su población era de entre doce y treinta millones de habitantes. Ello era debido a causas muy variadas, desde las continuas guerras con sus vecinos, hasta la embriaguez de los rusos, las epidemias y la falta de cuidados médicos.

tarios habían puesto las propiedades en manos de honrados administradores que solo exigían de sus vasallos «una renta anual, dejándolos así vivir como hombres libres» (144). Aunque Castillo tuvo palabras muy elogiosas para Pedro I, no dudó en denunciar que también había agravado el yugo de los labradores rusos, pues en siglos pasados los únicos esclavos habían sido los prisioneros de guerra (145). Asimismo, fue muy crítico con el número excesivo de eclesiásticos y su acumulación de tierras. Explicó cómo en este «delicado» tema Catalina II había despojado al clero de sus propiedades, concediéndole en su lugar «ciertas pensiones» que le permitían cumplir con sus funciones religiosas y caritativas (111).

Para el sector manufacturero también tuvo palabras críticas, porque los «rusos remata[ban] a la verdad mal sus trabajos; pero como por lo regular [querían] los amos ser pronto servidos, los remata[ban] prontamente» (Castillo, 1796: 170). No obstante, como queda apuntado, desde el reinado de Pedro I se había atraído a artesanos extranjeros que habían «aumentado y perfeccionado infinito las fábricas y manufacturas», de forma que en 1785 «se contaban en Rusia cerca de 600 fábricas de todas especies» (171). En suma, «estos y otros muchos ejemplos [hacían] ver que los rusos [eran] ingeniosos, y que si algún día [llegaban] a tener libertad [serían] iguales a los pueblos más industriosos» (173).

También reseñó Castillo que Pedro I había fomentado el comercio a través de tratados internacionales, y que la nación que obtenía más ventajas de éstos era Inglaterra. Pero cabía la posibilidad de que España pudiese colocar igualmente sus productos en Rusia, sobre todo vino, y por ello incitaba a que pronto se firmase un tratado comercial hispano-ruso (Castillo, 1796: 175-178). Por otro lado, criticó los escasos navíos mercantes que tenía Rusia, más cuando podría sacar un gran beneficio en fletes transportando sus propios productos y desplazando a los holandeses (183). De nuevo recordó que los rusos no tenían buenos barcos, sobre todo por rematar muy rápida y descuidadamente los trabajos.<sup>8</sup>

En general, Castillo ensalzó las reformas introducidas por Pedro I y Catalina II, que habían contribuido a que Rusia dejase de ser un país bárbaro, supersticioso y con escasas posibilidades de aprovechar su fertilidad. El primero había intentado paliar el aislamiento de Rusia (promoviendo los viajes al extranjero e introduciendo mano de obra cualificada), había fomentado la ciencia elevándola a un alto nivel, y había aumentado la recaudación gracias a la reforma fiscal emprendida (Castillo, 1796: 82, 166). Por su parte, Catalina II había creado una comisión para redactar un nuevo código de leyes (dando instrucciones de su propia mano en las que habían «lucido mucho sus talentos y humanidad»); también había desempeñado un papel significativo en el fomento de la ciencia,

---

<sup>8</sup> Al final del libro reprodujo unas tablas sobre las mercancías producidas en Rusia y las exportadas en 1791.

la educación y la salud (131, 246). No obstante, no dudó en criticar al primero por agravar el régimen de la servidumbre campesina, y a la segunda porque, a pesar de «endulzar» el gobierno con sus reformas, Rusia todavía seguía siendo un país en el que los zares tenían un poder ilimitado (112).

En su análisis del Imperio ruso, Castillo abordó con absoluta libertad temas muy delicados, que entonces se estaban debatiendo en la España de finales del siglo XVIII, relacionados con los sectores agrario, manufacturero y comercial. Dicha libertad contrastaba con la gran polémica suscitada por las reflexiones de Jovellanos (sobre los derechos de propiedad, la amortización eclesiástica o la situación de los labradores) en su informe sobre la reforma agraria (publicado anónimamente en 1795).

El análisis minucioso y crítico de Luis del Castillo se contrapone al superficial y acrítico de Francisco de Miranda tras su visita a Rusia. Este criollo fue un incansable viajero durante toda su vida, pasando largas estancias en Inglaterra, Francia, España y Estados Unidos. Visitó asimismo Escandinavia, Hamburgo, Renania, Holanda, Suiza, Hungría, Italia, Turquía y Rusia, y en este último país vivió casi un año, entre 1786 y 1787. Entre otros lugares estuvo en Kherson, Crimea, Kiev, Moscú y San Petersburgo, se relacionó con militares y la más selecta aristocracia, y fue recibido incluso por Catalina II y su favorito el príncipe Potiomkin.

Pero, paradójicamente, el futuro héroe de la Independencia –a diferencia de Castillo– no fue en absoluto crítico con la situación política y socioeconómica del Imperio ruso. Sánchez-Barba esboza una explicación plausible de esta paradoja: «El buen trato social y económico que recibió en Rusia hace que se extienda en largas alabanzas respecto al país y sus gobernantes, lo cual no concuerda con la realidad despótica predominante en Rusia y la actitud de Miranda hacia aquella orientación política» (Miranda, 1977: 321). Efectivamente, Miranda prefirió reseñar en su diario la vida cultural y social, dando pinceladas muy superficiales y escasas sobre la situación socioeconómica. Así, a modo de ejemplo, cuando salió de Moscú reseñó que iba por unos caminos «bastante buenos» y por «un país que seguramente est[aba] poblado razonablemente» (308), «un país hermosísimo con colinas y pequeños lagos por todas partes, que lo hac[ían] sumamente pintoresco y agradable» (311). Pero, entre otras cosas, no reparó en la terrible servidumbre a la que estaban sometidos los campesinos.

## **Marruecos y el Imperio Otomano: la «periferia» musulmana y distinta**

Lo primero que transmitieron los viajeros españoles al visitar Marruecos y el Imperio Otomano fue la sensación de extrañamiento, de entrar en un mundo

completamente diferente por lengua, cultura, costumbres, ropajes, arquitectura, etc. Así, Domingo Badía –Ali Bey–, con solo cruzar el Estrecho de Gibraltar en 1803, relataba: «la sensación que experimenta el hombre que por primera vez hace esta corta travesía no puede compararse sino al efecto de un sueño. Pasando en tan breve espacio de tiempo a un mundo absolutamente nuevo, y sin la más remota semejanza con el que acaba de dejar, se halla realmente como transportado a otro planeta» (Badía, 2001: 11). Pero mientras con respecto al Imperio Otomano los viajeros subrayaron la decadencia de una gran potencia que aún conservaba ciertos rasgos de su pasado esplendor,<sup>9</sup> en el caso de Marruecos hablaron directamente –pese a sus importantes posibilidades– de un profundo atraso sin previsible mejora a corto plazo, de forma que las dos orillas del Estrecho, tan cercanas, eran como «dos extremidades de la cadena de civilización», palpándose una «diferencia de veinte siglos» (Badía, 2001: 11).<sup>10</sup> En cualquier caso, los españoles –que en general viajaron en cumplimiento de una misión diplomática o con el respaldo directo del gobierno– no cayeron en ningún caso en la visión romántica del orientalismo exótico que con el tiempo se acabaría adueñando de la literatura decimonónica de viajes por estos países (Litvak, 2013); por contra, su mirada –aún imbuida del espíritu ilustrado– intentó captar con la mayor objetividad posible, y en sus más diferentes aspectos, la realidad observada.

### *1. Marruecos: despotismo, ignorancia y atraso*

El célebre marino Jorge Juan fue enviado por Carlos III a Marruecos en 1767 en una misión diplomática de seis meses ante el sultán Sidi Mohammed ben Abdallah. Tenía por objeto afianzar las relaciones de paz y la seguridad en la navegación por el Mediterráneo, de forma que la actividad comercial española no se viera dificultada. El recorrido de Juan fue Tetuán, Tánger, Larache, Alcazarquivir, Salé, Rabat, Hasan, Samira, Smelalia y Mogador, desde donde regresó a Cádiz. Dedicó mucho espacio a describir lo peculiar de recepciones, bailes, vestimentas, comidas, etc. Pero entre medias hizo referencia a diversos rasgos ilustrativos de la situación socioeconómica.

---

<sup>9</sup>Sobre la descomposición del Imperio Otomano, Rodrigo (2006: 193-195).

<sup>10</sup>Es interesante, por contraste, apuntar la visión que transmitieron de España los dos viajeros marroquíes que la visitaron en la segunda mitad del XVIII, los embajadores Ahmad ibn Mahdi al-Gazzal (en 1766) y Muhammad ibn ‘Uṣmān al-Miknāsī (en 1779-80). Ambos estaban interesados en España por ser el vecino occidental más cercano con el que cabía establecer estrechas relaciones comerciales y políticas, y no por su pasado islámico (Al-Ándalus). Además, fueron también conscientes de que cabía aprender de un vecino más adelantado, y así ‘Uṣmān visitó numerosas fábricas y se interesó por aspectos de salubridad y comercio (Paradela, 2005: XVIII, 38-39, 51-73).

Tetuán, la mejor ciudad «de este imperio después de Fez y Mequinez», le pareció formada por «un conjunto de aldeas» sin «edificios de consideración», con casas pequeñas de puertas bajas y casi carentes de ventanas, y calles angostas, «mal empedradas y sucias» (Juan 1941: 13-14). No salieron mejor paradas otras ciudades visitadas, e incluso se refirió al aspecto ruinoso de lugares como Tánger o Mogador y a los pobres materiales de construcción empleados. En cuanto al posible comercio de España con Marruecos –de mercancías como harinas, cueros, cera, tabaco o algún cobre– «[prometía] pocas ventajas y aún [necesitarían] los negociantes [españoles] sumo cuidado para no perderse»; por otra parte, los caballos y camellos no podían sacarse del país sin permiso expreso del emperador, mientras que del extranjero se veían circular muselinas de oriente y paños ingleses (20-21). La provincia más rica era Dukala, y producía principalmente *jaiques* (piezas finas de tela de algodón, seda o lana), albornoces, trigo y caballos, mientras en las zonas de montaña predominaban las pequeñas aldeas (*aduares*) dedicadas al pasto y al ganado (22, 27). En general, faltaban infraestructuras básicas –como puentes, caminos y aprovechamientos de riego– o bien eran muy precarias y deficientes (27, 39).

La población del imperio marroquí «no [era] tan excesiva» como hasta entonces se había creído, dado el corto número de ciudades y aldeas; y en particular los judíos estaban «sumamente despreciados, ejercitándose en los oficios más serviles» y obligados al pago de una contribución anual (Juan, 1941: 18, 41). La medicina se encontraba extremadamente atrasada –como también comprobaría el médico José Antonio Coll en 1800–,<sup>11</sup> y los curanderos no tenían más principio «que su antojo, o una simple infundada práctica contradictoria y muchas veces bárbara» (48). Por otra parte, buena prueba de la ignorancia popular era la ciega veneración que se profesaba –como santos– hacia ciertos hombres de aspecto «desaliñado y ridículo» (16).

El sultán tenía un carácter semi-divino como descendiente del Profeta, era «dueño de vidas y haciendas», y sus súbditos tenían respecto a él una dependencia absoluta. Practicaba la poligamia y sus hijos ocupaban los mejores puestos de gobierno, pero había «grandes crueldades» e intrigas entre los hermanos por la ambición de medrar. No había contadurías ni tesorerías; el emperador recibía directamente el dinero de las aduanas arrendadas y los gobernadores le pagaban un porcentaje de los impuestos recaudados (Juan, 1941: 40-41). Militarmente el imperio no parecía temible: aunque todos los hombres se consideraban soldados

---

<sup>11</sup> Coll fue enviado en 1800 por Carlos IV a la Corte de Marruecos para ayudar erradicar una supuesta epidemia de peste. En su opinión, «la falta de nociones curativas, su preocupación y barbarie, [eran] otras tantas causas por las cuales [los marroquíes] se abandona[ban] completamente al destino». (Coll en Justel 1991: 209).

y estaban obligados a tomar las armas si se les requería, carecían de disciplina; y las fortificaciones disponibles eran de escaso porte o bien estaban en mal estado (14, 23-24). Por ello, «cualquiera de sus plazas de armas [...] podría tomarse de un golpe de mano con sesenta hombres» bien entrenados (41).

En definitiva, la impresión de Jorge Juan tras su rápida visita al imperio de Marruecos fue poco halagüeña, pese a las grandes atenciones recibidas durante su viaje oficial: miseria, profundo atraso de la medicina, ignorancia popular, serias carencias en infraestructuras y manufacturas, limitadas posibilidades comerciales, sometimiento a un poder tiránico y arbitrario sin una administración pública eficaz, mala situación de algunas ciudades, o postergación de la activa minoría judía.

Otras descripciones de Marruecos, ya muy a finales del siglo XVIII, provienen de Carlos Batier –maestro relojero que había pasado seis años al servicio del emperador Sidi Mohammed ben Abdallah– y de Francisco Pacheco –comandante de caballería e intérprete que había sido cónsul en Tánger–. Ambos contestaron en 1797 a un requerimiento de información del consejero real Francisco de Zamora, quien viajó a Ceuta en mayo de ese mismo año y que, dada la concentración de tropas británicas en Gibraltar, quería conocer la situación del reino de Marruecos y su posible reacción ante un eventual ataque británico (Castrillo, 1990: 17).

El sencillo relato de Batier era el de un artesano de escasa formación. Intentaba reseñar las principales poblaciones (su entorno geográfico, actividades económicas básicas y disponibilidad de fortificaciones), pero sin entrar en mayores disquisiciones y con un estilo repetitivo y cortante. De las diversas ciudades a las que hizo referencia, las tres que destacó más como focos económicos fueron Fez (manufacturas de seda y paño de lana, huertas, molinos harineros, aceite de argán y activos mercados), Rabat (pescado, astilleros y comercio portuario con extranjeros), y Marrakech (numerosos molinos de aceite y harina en un entorno fértil) (Batier en Castrillo, 1990: 23-26). Pero la imagen que transmitió del sultán fue la de un gobernante de poder omnímodo que incluso a veces administraba justicia directamente.

De Pacheco, y lo que debió ser una relación completa del imperio marroquí, solo nos ha llegado su detallada descripción de Tetuán. En ella destacaba positivamente su activo puerto y su intensa vida comercial con gran presencia de judíos, sometidos a todo tipo de vejaciones humillantes. Además, en los alrededores de la ciudad había una rica vega y también se cultivaban maíz y viñas (Pacheco en Castrillo, 1990: 27-29). La parte negativa del relato de Pacheco hacía referencia a la corrupción del sistema judicial y de gobierno: así, en los juicios del *cadí* –donde no se manejaba documentación escrita de ningún tipo–

se precisaban doce testigos que podían comprarse sin problemas; por su parte, el alcaide de la ciudad –que carecía de sueldo y además debía hacer regalos al sultán en fechas señaladas– se valía «de sus arbitrios y facultades para robar a lo divino cuanto [podía], tiránicamente, sin usar pedimentos ni autos» (28).<sup>12</sup>

Por último, hay que hacer referencia al legendario viaje de Domingo Badía, que estuvo en Marruecos entre 1803 y 1805.<sup>13</sup> Para llevar a cabo su aventura se hizo pasar por Ali Bey, el hijo –educado en Europa– de un rico príncipe sirio descendiente de los califas abasíes. Hasta entonces, Badía había sido un hombre muy interesado por las ciencias físicas y naturales y por el mundo islámico. En 1801 solicitó el respaldo de Godoy para realizar un largo viaje científico por toda África, e incluso fue a Londres para dotarse de toda una serie de instrumentos científicos de observación. Pero Godoy acabó reconvirtiendo el citado viaje en una misión secreta a Marruecos: intentar destronar –con el apoyo de los rebeldes del sur– al sultán Muley Solimán, quien había paralizado el comercio con la península y –por tanto– la importación del trigo marroquí que tanto necesitaba España entonces. Sin embargo, cuando por fin la operación llegó a estar madura, Carlos IV la abortó negando el respaldo militar español, dado el hospitalario trato que Solimán había otorgado a Badía. Enterado posteriormente el sultán de nuevas maniobras conspiratorias de Ali Bey (pero sin llegar a descubrir su verdadera identidad), este hubo de salir del país en 1805 desde Larache, poniendo rumbo hacia la Meca –en Arabia– a través de Libia, Grecia, Egipto, y regresando luego por Palestina, Siria y Turquía, hasta su llegada a París en 1808.

El relato del viaje de Badía –que se publicaría en francés en 1814, traducándose luego al inglés, alemán e italiano en 1816–<sup>14</sup> fue admirado por otros grandes viajeros como Humboldt o Burton. No solo fue extraordinario por su recorrido y vicisitudes, sino porque nada escapó a la atenta mirada del barcelonés: su texto está lleno de interesantes observaciones de todo tipo, ya fueran geográficas, lingüísticas, botánicas, astronómicas, geológicas, climáticas o arqueológicas. En lo socioeconómico, Badía destacó especialmente dos aspectos muy negativos de Marruecos, que lastraban seriamente sus posibilidades de desarrollo y que en cierto modo ya habían sido esbozados por Jorge Juan: las deficiencias del marco institucional y las graves carencias en educación y conocimiento científico.

El gobierno –personificado en el sultán– era tiránico y arbitrario. Por un lado, no se orientaba al bienestar de los habitantes, y así en muchas zonas del interior vivían miserablemente: «a pesar de tantas riquezas naturales, andan casi desnudos o cubiertos de andrajos, durmiendo en tierra o lo más sobre una

---

<sup>12</sup> La posibilidad de compra de testigos también había sido denunciada por Juan (1941: 15).

<sup>13</sup> Sobre Badía véase Escribano (2005).

<sup>14</sup> La versión española aparecería en 1836 tras la muerte de Fernando VII, pues Badía fue un afrancesado.

estera [...] Horror y execración al gobierno despótico cuyos súbditos son tan desgraciados cuando la naturaleza los colma de sus dones» (Badía, 2001: 91). Dado que Marruecos no tenía ejército regular «propriadamente dicho» (pues «todo musulmán [era] soldado por religión»), y dado que había pocos empleados públicos (quienes además «no [tenían] otro sueldo que el casual de su empleo»), «la mayor parte» de las rentas que recaudaba el sultán, una vez satisfechos los considerables gastos derivados de su guardia personal y del gran número de sus hijos y mujeres (legítimas y concubinas), iban a «sepultarse» en su tesoro personal, que se custodiaba en Marrakech, Fez y Mequinez sin contribuir a financiar actividades productivas o infraestructuras (127-129).

Por otro lado, la arbitrariedad tiránica provocaba que muchos marroquíes tuvieran «aquel aire de desconfianza natural al hombre que [...] siente [...] pesar sobre sí el más bárbaro despotismo»; de hecho, estaba muy extendida entre los habitantes «la costumbre de ocultar su dinero», «de suerte que nadie se [atrevía] a dar la más ligera muestra de lujo» (Badía, 2001: 80, 90). Ello a su vez había restado «estímulo a las artes», que eran «infinitamente inferiores a las de Europa» (63). Una de las cosas que más favorecían la arbitrariedad del gobierno era que «el imperio de Marruecos no [poseía] constituciones o leyes escritas» (125); de este modo, «el habitante, privado de toda garantía civil, se [hallaba] sepultado en la sima horrorosa del despotismo» (112), que pesaba desde muy antiguo sobre el imperio. Otro problema era que en la práctica «no [existía] la propiedad, siendo el sultán dueño de todo»; por ello, «el hombre no [tenía plena] libertad de vender o disponer del fruto de su trabajo», «no se le [dejaba] gozar de él o hacerlo ver a sus conciudadanos», y así era «fácil conocer la causa de su inercia, embrutecimiento y miseria» (127). Por ejemplo, Muley Solimán había mandado caprichosamente arrancar todas las plantaciones de tabaco, y también había restringido el comercio con los cristianos por miedo «a que las relaciones con los infieles [acabasen] por corromper y pervertir a los fieles creyentes»; sin embargo, de este modo se estaban desaprovechando grandes posibilidades de enriquecimiento para la población: «hay personas que pudieran cargar convoyes enteros de grano, y casi no tienen para vivir por la imposibilidad de venderlo fuera» (127).

En otro orden de cosas, la sucesión al trono era una fuente continua de conflictos, levantamientos e inestabilidad que no favorecían el desarrollo del país: «antes de lograr el imperio, cada soberano [tenía] que combatir a sus hermanos y otros pretendientes, los cuales por su lado [armaban] los pueblos en su favor»; de esta forma, «la muerte de un príncipe marroquí [traía] siempre consigo la de cien mil hombres», hundiéndose cada cierto tiempo «el país en la anarquía» (Badía, 2001: 125, 127). En cuanto a la preparación de los mandos intermedios, era más

que dudosa: así, por ejemplo, el gobernador de Tánger no sabía leer ni escribir, ni tampoco había dado instrucción alguna a sus hijos aunque fuera dueño de una inmensa fortuna; su secretario «no [tenía] oficina ni archivos» y no «conserva[ba] el más mínimo registro de las órdenes expedidas»; igualmente, los juicios de los *cadíes* eran puramente orales: sus decisiones se basaban en el Corán y la tradición, y frente a ellas no cabía apelación a instancias intermedias, solo al sultán mismo (21-22). Y a todo ello había que añadir las frecuentes corruptelas ya reseñadas por Pacheco.

Las mujeres quedaban «absolutamente separadas de la sociedad de los hombres» y completamente relegadas. Además, los hombres tenían la posibilidad de casarse con cuatro esposas y tantas concubinas como pudieran mantener, pero siempre con la opción de repudiarlas (Badía, 2001: 24, 30). No obstante, el grupo socialmente más postergado, pese a ser quizá el más activo en el ámbito del comercio y la artesanía, era el de los judíos: vivían «en la más horrorosa esclavitud», con una «terrible desigualdad de derechos» (33). Así, por ejemplo, en Marrakech se les trataba «con el más alto menosprecio» y tenían la «apariciencia más miserable», aunque a menudo ejercían en exclusiva muchas artes y oficios relevantes (114-115).

El segundo gran problema de Marruecos era la casi absoluta falta de educación y conocimiento científico. En Tánger, por ejemplo, la enseñanza era muy básica: en el mejor de los casos, los estudios consistían en «saber leer y escribir» rudimentariamente, constituyendo esta «toda la ciencia» de un tangerino instruido; no había imprenta, y la mayoría de los habitantes estaban «hundidos en la más crasa ignorancia», de forma que «en todo el país solo [halló] un individuo que hubiese oído hablar del movimiento terrestre»; de hecho, carecían «de la más ligera idea de física» y contaban «mil extravagancias sobre los planetas y las estrellas» (Badía, 2001: 30-31): «el Corán y sus explicaciones [eran] la única lectura» de los habitantes de esta ciudad, con lo que podían «con mucha razón llamarse bárbaros» (32). Además, la veneración hacia ciertos individuos considerados santos, pero que a menudo demostraban ser solo astutos pícaros que engañaban a sus conciudadanos, era otro ejemplo del «exceso de estupidez y fanatismo» (32).

Otras muestras de la grave carencia de conocimientos las apreció Badía en Fez, que venía a ser la Atenas de Marruecos (Badía, 2001: 63). En la torre de su principal mezquita encontró un globo terráqueo, una esfera armilar y un globo celeste, «todos ellos contruidos en Europa [hacía] más de un siglo»: pero ignoraban su uso y estaban «abandonados al polvo, la humedad y los ratones», al igual que una colección de libros e instrumentos astronómicos (57). En cuanto a las escuelas, las principales estaban ligadas a las numerosas mezquitas y la

enseñanza era muy pobre, pues se limitaba a un maestro sentado en tierra «salmodiando en tono de lamentación», rodeado de quince o veinte muchachos que repetían «la salmodia en la más completa discordancia»; solo había una materia básica: «la moral y la legislación identificadas con el culto y los dogmas», de manera que todos los estudios se reducían al Corán «y a sus expositores o comentaristas», con algunos «ligeros principios de gramática y dialéctica» (60). Y en relación a los llamados eruditos, no eran más que «eternos disputadores *in verba magistri*»: donde más se ejercitaban era en el campo de la metafísica; la física era para ellos la de Aristóteles, «la anatomía [estaba] del todo desterrada por la religión» al igual que la historia natural, y la química no existía; «la cosmogonía [era] la del Corán» y la cosmografía «la de Tolomeo», mientras que la geografía no se estudiaba; confundían la astronomía con la astrología, de matemáticas solo conocían «un cortísimo número de problemas», y en medicina casi ignoraban «la existencia de los grandes maestros antiguos»; por último, desconocían «absolutamente» la historia de otros pueblos (60-62). Respecto a su actitud general hacia el conocimiento, era claramente negativa, pues «condena[ban] en los europeos que viaja[ban] por su país [...] el amor a las investigaciones, el ardor por las ciencias» (89).

Por último, en Marrakech Badía encontró otra muestra más de los obstáculos al conocimiento: en su jardín de Smelalia —en la casa de recreo que le regaló el sultán— no pudo examinar ni dibujar delante de sus criados a una bella y curiosa serpiente pese a su gran interés científico, pues dicho ser estaba considerado un «animal inmundo que la ley prohíb[ía] tocar»; esto le llevó a exclamar: «¡Cómo han de poder adelantar las ciencias naturales en los países musulmanes!» (Badía, 2001: 119).

En la parte positiva de la imagen que Badía captó de Marruecos podemos señalar la asistencia prestada a los pobres y discapacitados, que se basaba en una especie de fundaciones privadas creadas por legado testamentario. De hecho, en general dichas fundaciones promovían obras de utilidad pública tales como escuelas, hospicios u hospitales (Badía, 2001: 60, 73). Asimismo, hay que apuntar la impresión relativamente favorable que Badía sacó de algunas ciudades por su intenso comercio, sus actividades de artesanía o su rico entorno agrícola. Entre ellas cabe citar Rabat, Mequinez, Fez, Mogador, Larache y Taza. Sin embargo, también hubo poblaciones que le suscitaron sensaciones negativas por la miseria y ociosidad de sus habitantes, el estado ruinoso de sus construcciones e infraestructuras, o la notoria falta de tráfico mercantil. Por ejemplo, Tánger, Salé, Marrakech o Uchda.

## 2. *El Imperio Otomano: la acentuada decadencia de la otrora gran potencia*

Durante la Ilustración hubo cuatro destacados viajes de españoles al Imperio Otomano. El primero lo protagonizó Gabriel de Aristizábal en 1784 al mando de cuatro buques de la armada, enviados a Constantinopla por Carlos III para afianzar los lazos establecidos por el Tratado de Amistad de 1782.<sup>15</sup> De este viaje nos ha llegado un extracto del diario de navegación del propio Aristizábal y el elaborado relato que escribió a partir de dicho diario –y a instancias de Florida-Blanca– el académico José Moreno en 1790. El segundo viaje fue el del capitán de fragata José Solano, que pasó cinco meses en la capital otomana en 1787. El tercero fue el del ilustre marino Federico Gravina, que en 1788 condujo a su país al embajador turco Vaçif Efenfi. Y el último, el del ya aludido Domingo Badía –Ali Bey–, que visitó el citado Imperio en 1807. Gravina, tras describir la capital otomana, se ocupó sobre todo de las costumbres y prácticas religiosas, siendo en lo demás esencialmente coincidente con Aristizábal. Por ello, la atención se centrará en los otros tres viajeros.

Aristizábal destacó de Constantinopla su excepcional situación geográfica, la magnificencia de sus edificios públicos y monumentos heredados del pasado bizantino, la abundancia de caza, pesca y abastos en general, la opulencia de la corte, el gran puerto, los muchos lujosos miradores de casas particulares (que denotaban la existencia de una importante clase acomodada), y la increíble variedad de productos en los bazares (que revelaban un alto nivel de consumo) (Aristizábal, 1991: 118-215, 151-152, 167-169). Es decir, el conjunto indicaba una buena base material y comercial apoyada en la rica diversidad de recursos y cultivos de las provincias otomanas. Pero, aunque existieran buenos fundamentos para la prosperidad económica del imperio, lo cierto es que este se encontraba en un imparable proceso de decadencia debido al deficiente marco institucional y, en particular, al mal gobierno. La base humana también era favorable –«los individuos [eran] buenos, [...] veraces [y] fieles pero altaneros»–; el problema era que «el mal ejemplo de sus ministros los [había] connaturalizado con la crueldad y la avaricia» (192). De todo ello cabía extraer una valiosa lección para España.

La primera evidencia del descuido e indolencia del gobierno otomano estaba en la recurrente amenaza de los incendios –por las construcciones de madera– y sobre todo de la peste. No se tomaban medidas concretas para corregir lo que favorecía las epidemias: la estrechez de muchas calles, el hacinamiento de la masa popular viviendo «como enjambres en colmenas», el descuido del control de la calidad de los alimentos, la falta de limpieza de los acueductos, la costumbre de reutilizar las ropas de los apestados fallecidos, etc. (Aristizábal, 1991: 160-166).

---

<sup>15</sup> Sobre Aristizábal véase González Castrillo (2005).

En segundo lugar, el gran sultán –«absoluto y despótico»– viviendo con una suntuosidad inimaginable en una costosa corte, se había desentendido por completo de las labores de gobierno, al igual que muchos favorecidos socialmente mostraban su «aversión al trabajo, [entendido] como inútil en donde [vivía] tan de asiento la abundancia» (Aristizábal, 1991: 154, 175-176). El peso de la responsabilidad del gobierno –con sus críticas y descontentos– quedaba delegado en lo civil en el visir y su consejo, y en lo espiritual en el *muftí*. Pero «todo el cuerpo político» estaba «corrompido de pies a cabeza», pues el visir vendía cargos recogiendo a cambio inmensas riquezas, en tanto que los *bajás* (o *pachás*) debían ofrecerle presentes regularmente para conservar sus provincias (178). De este modo nunca se buscaba «la aptitud de los sujetos para los empleos, que se [conferían] ordinariamente al que más [ofrecía] y por mejor conducto» (sultanes, jefes de harén, eunucos cercanos al sultán, etc.). De una Administración ya de por sí «muy enemiga de innovaciones», unida a «un método [de elección de personal] tan impropio y contrario al bien del Estado, solo [podía] resultar su ruina» (179, 181-182). Por otra parte, la interpretación de la ley coránica en que se basaba el sistema judicial estaba en manos de hombres de letras dependientes del *muftí* (*molas*, *ulemas*, etc.). Se trataba de lucrativos puestos ocupados por individuos ya poderosos que tenían alguna –aunque corta– instrucción y se apoyaban mutuamente. Además, podían legar su patrimonio (mientras que en el caso del resto de empleados públicos el sultán era el heredero universal de su caudal y bienes, y el Estado de sus bienes raíces) (186-187).<sup>16</sup>

Los impuestos, de los que estaban exentos turcos y francos (europeos de distinto origen), recaían exclusivamente sobre los *rayás* (griegos, armenios y judíos), precisamente los más activos en el comercio de todo tipo de géneros. Eran exprimidos sin piedad por los *bajás* (o gobernadores provinciales), que ejercían «extorsiones y crueldades en las vidas y haciendas de [estos] infelices» para satisfacer su «insaciable ambición» y pagar su contribución anual al erario. Otros ingresos imperiales provenían de las rentas de aduanas y del estanco de trigo. Por su parte, el sultán recibía a título particular regalos de los *bajás* y otros dirigentes, así como las herencias de los empleados públicos y lo obtenido por la venta de cargos. Pero «este gran caudal» dormía estéril en el tesoro del serrallo, cuando «circulando podría fomentar el Imperio y enriquecer más sólidamente a su soberano» (Aristizábal, 1991: 188-189).

Por último, el muy numeroso ejército –que detraía brazos para las actividades productivas– carecía de disciplina y estaba mal armado y atrasado en cuestiones tácticas: «vienen a componerse sus grandes ejércitos de estas manadas

---

<sup>16</sup> La visión de Gravina de la Administración otomana fue muy similar, al igual que su impresión sobre las fuerzas armadas turcas: véase Gravina (2001), cap. 3.

de gentes inexpertas, sin disciplina ni armas» (Aristizábal, 1991: 194, 202). Los en su día legendarios genízaros eran ahora un grupo privilegiado con gran poder que a menudo aterrorizaba al pueblo arbitrariamente; de hecho, para contrarrestarlos el sultán había creado una guardia personal. La artillería estaba también atrasada y la marina –pese a la contratación de expertos europeos– se hallaba en un «deplorable estado», «reinando en ella la ignorancia y el desorden», dada la «aversión [...] al estudio y método tan importante en esta carrera» (196-204, 207).

En definitiva, Aristizábal concluía que Europa debía aprovecharse de la «coyuntura de flojedad, desaliento y humillación en que se [veían] los turcos para estrecharlos a sus primeros confines». En la civilización otomana se había apagado «aquel espíritu de conquista» y ya solo pensaba en defenderse. La opulencia había hecho al turco «degenerar en perezoso, inclinado a la comodidad, a la inacción, al lujo» (Aristizábal, 1991: 185).

José Moreno enfatizó algunos aspectos que en el relato de Aristizábal estaban escasamente destacados. Por ejemplo, el «grande atraso» de las fábricas y manufacturas (Moreno, 1790: 232); la terrible situación de la mujer, que vivía en «encierro perpetuo» y «extrema sumisión», aunque fuera en las opulentas «prisiones» de los harenes (86-97); la escasez de visitas al extranjero y contactos con los europeos, que impedía a los turcos «participar en sus adelantamientos» y les hacía estar rezagados en ciencias (119-123); o el carácter otomano, que, aunque amistoso y noble, de «mejor disposición que cultura», también era indolente y orgulloso, muy sumiso al cielo y al trono, con «repugnancia invencible a cosas nuevas», y cierta superstición por creencias como la astrología (68, 73); además, el lucrativo comercio era «mal mirado» por los turcos, que lo dejaban en manos de europeos y *rayás* (231).

También apuntó Moreno el miedo de los gobernantes –*visir*, *bajás*, etc.– a introducir reformas o cambios, pues eran mantenidos «en un estado de fortuna precario, en continuo temor de caer en desgracia» ante el descontento social, las intrigas de los *ulemas* o la licenciosidad de los genízaros, lo que podía suponer «el destierro, la confiscación de bienes, [o incluso] la cabeza» para calmar las murmuraciones (Moreno, 1790: 118, 234, 238). A todo ello llevaba el poder ilimitado y arbitrario del Gran Señor, educado entre lisonjas y caprichos, y venerado como ley suprema e inescrutable: así, «nadie se [espantaba] ni de la exaltación de un ministro inepto, ni de la caída del más hábil»; y como resultado de ello, reinaba el desorden, la debilidad y la inconsecuencia en la dirección del imperio (224-225, 248). La única nota positiva –que también señaló Badía para Marruecos– eran las *waqfs*, una especie de fundaciones dedicadas a fines sociales (hospitales, hospederías, etc.) partiendo de legados testamentarios (69, 201).

José Solano fue mucho más minucioso en sus descripciones, pues pasó más tiempo en Constantinopla. Pero en lo esencial reiteró la visión de sus predecesores. Lo más novedoso de su relato fue su insistencia, primero, en las enormes posibilidades comerciales desaprovechadas, y –después– en el llamativo atraso en manufacturas y saberes. Dada la estratégica situación geográfica del Imperio Otomano, nexo entre fértiles territorios de climas y recursos muy diversos, podía disfrutar «el rico y pingüe comercio» de productos procedentes de Europa, Asia y África (algodón, seda, lana, grano, aceite, café, especias, plata, etc.). Pero, por un lado, los turcos se desentendían de su comercialización con el exterior: «pudieran, pues, [...] después de proveerse de lo necesario, conducir por sí a los reinos extranjeros el sobrante que a los muchos y excelentes puertos de sus costas van a buscar las naciones europeas; pero, ufanos, creyendo que los sirven a ellos, abandonan enteramente su navegación» (Solano, 1793: 159-160). Y, por otro lado, los turcos también ponían bastantes obstáculos al intercambio fluido con otros países: «han obstruido todos los conductos y así se han privado de un comercio que podría hacerles la Nación más poderosa en tierra y mar», uniendo las «producciones del Oriente [...] con las del Occidente» (160). Respecto a la «falta de industria y aplicación a las ciencias y artes», se relacionaba con una instrucción «muy limitada», tanto «por carecer enteramente de libros» y no necesitar de ella «para conseguir los empleos», como por el escaso contacto con el exterior y el casi nulo interés por lo extranjero (75-76).

Pero el problema de fondo que explicaba la franca decadencia de un «glorioso» imperio que durante siglos había sido «el terror de Europa» era –también para Solano– el mal gobierno. Existía además una nefasta cadena de mando caracterizada por asuntos inconexos, retardo en las providencias a las provincias, y dirigentes inútiles «elevados [...] a la más alta dignidad por la intriga y el dinero» (Solano, 1793: II, 127, 133). Y «si a los turcos los [oprimía] el despotismo, ellos a su vez [trataban] con la mayor altivez a los demás vasallos», reduciéndolos a un continuo estado de servidumbre, abatimiento y pánico (122-123).

Por último, hay que reseñar la visión de Domingo Badía. Aunque en su mirada sobre el Imperio Otomano había mucho de reiteración de las visiones anteriores, también había singularidades. Badía (2001: 513) consideraba que el citado imperio era «un coloso compuesto de una extraña mezcla de partes heterogéneas e irreconciliables» (turcos, árabes, griegos, judíos, drusos, etc.), que en nada se parecían entre sí salvo en «el odio profundo e inveterado que se [profesaban] mutuamente». Este era el primer obstáculo para el buen funcionamiento del imperio.

El segundo era la ignorancia generalizada, que constituía un gran freno «al progreso de la civilización» y tenía muchos niveles: desde la propia «falta de educación de sus príncipes», que transitaban directamente «de la soledad de un harén

al trono otomano», hasta el extendido analfabetismo (solo uno de cada mil sabía leer y escribir), pasando por la falta de libros y maestros de ciencias o la escasa comunicación con los europeos (que nacía –entre otras cosas– de «la aversión a todo individuo opuesto al islamismo», «la superioridad que se [atribuían] sobre las demás naciones», y el desinterés por el aprendizaje de idiomas). Es cierto que las clases acomodadas vestían seda, se lavaban a cada instante, cumplían con alambicados ceremoniales, y comían, bebían y fumaban «al día mil diversas mezclas», pero en el fondo eran «bárbaros» (Badía, 2001: 509-510, 513-514).

El tercer obstáculo era institucional. Por un lado, la inseguridad en la propiedad y en la propia integridad personal: «la propiedad individual no [tenía] garantías» y «la sangre del hombre [estaba] expuesta a correr por el menor motivo y bajo el más ligero pretexto sin forma alguna de juicio», arbitrariamente; de hecho, los turcos no tenían «la menor idea de derecho público ni de los derechos del hombre» (Badía, 2001: 513-514). Pero por otro lado, y frente a la opinión de viajeros anteriores, Badía creía que no existía una cabeza visible del poder ejecutivo: «no [había] en el mundo un esclavo más esclavo que el Gran Señor; sus pasos, movimientos, palabras [estaban] medidos y determinados por el ritual de la corte»; es decir, al contrario que en Marruecos, el sultán –encerrado entre mujeres y eunucos– se hallaba «reducido al papel de verdadero autómatas, sus acciones [eran] reguladas como resultados mecánicos por el código, el diván [o consejo], el ulema y los genízaros»; estos últimos eran «los verdaderos déspotas del imperio», una «milicia revolucionaria y turbulenta que [hacía] justicia por su mano», exigiendo que se sacrificasen «sin examen» las cabezas de ministros y visires, en incluso la de un sultán como Selim III (517). El imperio, por tanto, estaba cada vez más «en manos subalternas y mercenarias», favoreciendo «la rebelión de los *bajás* en las provincias», que cada vez enviaban menos dinero al tesoro público. Así, los empleados no recibían sus sueldos, y «los que habían pagado doble o triple por la adquisición de su empleo, se [creían] doble o triplemente autorizados para devorar a los desventurados que caían en sus manos». Finalmente, «los pueblos indignados» –como los serbios– tomaban las armas, «la sangre [corría]» y «el imperio [perdía] súbditos y capitales», aumentando así las necesidades de la corte y las consiguientes extorsiones, y agravándose el mal «de día a día». En definitiva, para 1807 Badía describía un imperio ya en progresiva descomposición, con los rusos como principales beneficiarios (518).

### **Conclusión: ¿y América?**

Los españoles viajaron poco a lugares como París o Londres, respecto a los que sí cabía aplicar plenamente el calificativo de viaje «útil» en el sentido ilustrado.

Sin embargo, al mismo tiempo, algunos de los países «periféricos» de aquella época, como los que se han analizado previamente, sí merecieron bastante atención por parte de los viajeros españoles. Esto pone en evidencia una de las contradicciones de la llamada Ilustración española.

Los viajeros españoles que se han recogido en el presente trabajo fueron conscientes de que los tiempos estaban cambiando desde el punto de vista económico: el Imperio español todavía era una potencia con ricos territorios, pero en él se percibían señales inequívocas de atraso con respecto a países como Gran Bretaña, el nuevo «centro» económico mundial. Del mismo modo, tomaron conciencia del atraso de los diferentes países «periféricos» que visitaron —como Portugal, Rusia, Marruecos o el Imperio Otomano— e intentaron desentrañar sus razones. Y lo hicieron sin la petulancia o mirada estereotipada de otros viajeros europeos, principalmente ingleses y franceses. En definitiva, resaltaron los aspectos positivos sin dejar de lado los negativos, que a su vez servían como motivo de reflexión y aprendizaje para reformar su propio país. De hecho, dicho aprendizaje se basó sobre todo en «aprender de los errores»: es decir, más que en la emulación de determinados aspectos dignos de ser imitados (como en los viajes a los países más adelantados), en este caso el aprendizaje residió fundamentalmente en la identificación de malas políticas y obstáculos a la actividad económica que debían evitarse si se quería favorecer el avance patrio.

Portugal y Rusia partían de una situación de atraso relativo similar al español. De ambos países los viajeros subrayaron sus riquezas naturales. No obstante, Nifo criticó al vecino ibérico por no aprovecharlas adecuadamente a causa de la negligencia de sus habitantes, mientras que Cornide incidió en el desfavorable sistema de explotación agrícola de algunas regiones que tenían claras similitudes con las españolas. Respecto a Rusia, Colombi —por ejemplo— destacó que la canalización de sus ríos facilitaba el intercambio comercial, en tanto que Castillo reconoció los aspectos positivos de las reformas de Pedro I y Catalina II, pero criticó el régimen de servidumbre de los campesinos rusos y la excesiva acumulación de tierras por parte del clero. En cualquier caso, lo relevante es que todos estos viajeros estaban tratando con absoluta libertad temas candentes y muy espinosos en la España dieciochesca.

En cuanto a Marruecos y al Imperio Otomano, los viajeros no cayeron en el orientalismo que guió a otros europeos, aunque no dejaron de señalar que se adentraban en un mundo completamente *diferente*. Se centraron en subrayar aquellos importantes defectos del marco institucional que impedían el crecimiento económico, pero haciendo una distinción clara: mientras el decadente Imperio Otomano aún conservaba ciertos rasgos de su pasado esplendor, Ma-

ruecos –pese a sus notables posibilidades económicas y su cercanía a Europa– estaba inmerso en un profundo atraso sin previsible mejora a corto plazo.

En suma, los viajeros españoles constataron el atraso económico de todos estos países y apuntaron sus posibles causas. Pero esta percepción del atraso se complementó con la conciencia de la prosperidad de otras «periferias» a las que aquí –por falta de espacio– solo nos vamos a referir muy brevemente. A modo de ejemplo, dicha conciencia se puede apreciar en dos de los viajeros seleccionados en este mismo trabajo: Miranda, que vislumbró claramente el inminente despegue de un nuevo «centro» económico, los Estados Unidos; y Jorge Juan, que –junto a Antonio de Ulloa– destacó el notable potencial de crecimiento económico que tenían los territorios españoles de América si se acometían mejoras.

Miranda viajó por Estados Unidos entre 1783 y 1784, desde La Habana hasta New Hampshire. A lo largo del trayecto desde Carolina del Sur hacia Nueva Jersey, fue incidiendo en que las tierras eran «muy buenas por todo el distrito y su agricultura muy adelantada y floreciente», o en que los «naturales habitantes del País [eran] ricos por lo general y ama[ban] el campo y vida rural» (Miranda, 1977: 57, 61). Cuando llegó a Pensilvania recalcó su «feliz gobierno y sabio sistema», que derivaba en unos resultados económicos muy «florecientes» (99). Y en Nueva Jersey apuntó:

en todo lo que he visto y viajado por este País (que no es una pequeña parte), jamás encontré un individuo que demostrase estar desnudo, hambriento, enfermo u ocioso: ni tampoco he visto parte otra alguna en la que el Pueblo en general parezca más feliz y sobre una misma igualdad, que aquí el territorio, a lo que se ve, está dividido por lo general en pequeñas porciones que llaman *Farms*, de que resulta que la tierra está mucho más bien cultivada, y el número de casas es muy mayor; bien que no de suntuosa apariencia como en otros países (Habana y South Carolina, supongamos) pero sí de una comodidad rural y feliz. (Miranda, 1977: 104-105)

Incluso la menor fertilidad de algunas zonas del país se suplía con el empeño de un «pueblo industrial» y un «gobierno libre» que generaba prosperidad (Miranda, 1977: 105). Sin embargo, al igual que cuando viajó por Rusia resulta insólito que –siendo uno de los futuros libertadores hispanoamericanos– no hiciera referencia al régimen de servidumbre, también es sorprendente que en Estados Unidos no mencionara la existencia de esclavos, pese a recorrer Carolina del Norte y del Sur, dos estados esclavistas.<sup>17</sup>

---

<sup>17</sup> También criticó los inconvenientes de la democracia americana cuando en algunas ocasiones llegaba al poder la «ignorancia» (Miranda, 1977: 163).

Jorge Juan y Antonio de Ulloa redactaron sus *Noticias secretas de América* en 1747, antes del inicio de las reformas llevadas a cabo durante los reinados de Fernando VI y Carlos III, que serían posteriormente elogiadas por Humboldt. Es cierto que realizaron algunas críticas exageradas e inexactas y propusieron medidas parciales que a menudo carecían de suficiente reflexión. No obstante, desde el punto de vista económico ambos marinos incidieron en dos temas que merecen especial atención. Uno era que los territorios americanos, a pesar de haber sido descubiertos hacía ya dos siglos y medio, tenían muchos recursos sin explotar, incluyendo minas de metales preciosos; por tanto, todavía quedaban cuantiosas riquezas por aprovechar desde el punto de vista comercial. El otro tema primordial era que el Estado no cumplía con sus cometidos mínimos en estos territorios. Es decir, el Estado no desempeñaba allí sus tres funciones básicas de cara a favorecer el crecimiento económico, tal como las definiría Adam Smith en 1776: era incapaz de defender adecuadamente las colonias de sus enemigos foráneos, no había establecido un sistema de gobierno y de justicia adecuados, y tampoco había construido las infraestructuras esenciales que facilitarían el comercio interior y marítimo. Juan y Ulloa insistieron particularmente en que, al no ponerse los suficientes medios para defender los territorios americanos, estos quedaban en un continuo estado de alarma por la amenaza de ser tomados por otras potencias europeas, distorsionado así el normal funcionamiento de su sistema económico<sup>18</sup>.

En suma, junto a la percepción del atraso económico de las «periferias» europea y musulmana (que ha sido resaltada en el presente trabajo), los viajeros españoles también fueron conscientes de la prosperidad potencial de las «periferias» americanas: en el caso de Miranda, exponiendo las razones que ya estaban haciendo crecer a los Estados Unidos, y en el de Juan y Ulloa, analizando las notables posibilidades de despegue económico de los territorios españoles en América si se llevaban a cabo determinadas reformas.

## Bibliografía

- ABASCAL, Juan Manuel y Rosario CEBRIÁN (2009), *Los viajes de José Cornide por España y Portugal de 1754 a 1801*, Madrid, Real Academia de la Historia.
- ARISTIZÁBAL, Gabriel de (1991), «Extracto del diario de la navegación hecha a Constantinopla en el año 1784», en Ricardo González Castrillo, *El viaje de Gabriel de Aristizábal a Constantinopla en 1784*, Madrid, Memoria de Licenciatura, Ftad. Filología-UCM, págs. 118-215.
- BADÍA, Domingo [Ali Bey] (2001), *Viajes de Ali Bey*, Barcelona, Óptima.

---

<sup>18</sup>Sobre Juan y Ulloa, véase Perdices de Blas y Ramos Gorostiza (2016).

- CASTILLO, Luis del (1796), *Compendio cronológico de la historia y del estado actual del Imperio Ruso*, Madrid, Imprenta de Aznar.
- CASTRILLO, Rafaela (1990), «Descripción del Imperio de Marruecos, por Carlos Batier, y Noticias de la ciudad de Tetuán, por Francisco Pacheco. Trabajos realizados en 1797, a solicitud del consejero real Francisco de Zamora», *Sharq Al-Andalus: Estudios mudéjares y moriscos*, n.º 7, págs. 15-29.
- CLAVIJO Y FAJARDO, José (1763), «Pensamiento XIX: sobre algunos viajeros y modo de que los viajes sean útiles», *El Pensador*, vol. 2, págs. 159-188.
- COLOMBI, Manuel (1788), «Resumen de la geografía del Imperio de Rusia con miras generales sobre su comercio interior y la población de sus provincias», Biblioteca Nacional de España, ms. 7543.
- CORNIDE, José A. (1893-1897), *Estado de Portugal en el año de 1800*, 3 tomos, Madrid, Real Academia de la Historia / Imprenta de M. Tello (Memorial Histórico Español, tomos 26, 27 y 28).
- ESCRIBANO, Fernando (2005), «El peregrino Ali Bey, un “príncipe abasí” español del siglo XIX», *Arbor*, vol. CLXXX, n.ºs 711-712, págs. 751-771.
- FLORIDABLANCA, Conde de (1982), *Escritos políticos. La Instrucción y el Memorial*, ed. Joaquín Ruiz Alemán, Murcia, Academia Alfonso X El Sabio.
- GONZÁLEZ CASTRILLO, Ricardo (2005), «Gabriel de Aristizábal y su viaje a Constantinopla en el año 1784», *Arbor*, vol. CLXXX, n.ºs 711-712, págs. 707-726.
- GRAVINA, Federico (2001), *Descripción de Constantinopla*, ed. J. M. Sánchez Molledo, Madrid, Miraguano.
- JUAN, Jorge (1941), «Breve noticia de lo acaecido en el viaje que hizo a la Corte de Marruecos el Excmo. Señor Don Jorge Juan, embajador de S.M.C. Año de 1767», en V. Rodríguez Casado (ed.), *Jorge Juan en la Corte de Marruecos*, Madrid, Revista General de Marina, págs 9-51.
- JUSTEL, Braulio (1991), *El médico Coll en la Corte del Sultán de Marruecos*, Cádiz, Universidad de Cádiz.
- LITVAK, Lily (2013), *El ajedrez de estrellas: crónicas de viajeros españoles del siglo XIX por países exóticos (1800-1913)*, Valladolid, Verdelís.
- LUCÍA, Rodrigo (2006), «Aristizábal y Gravina. Un viaje y una visión de la capital otomana», *Isimu*, n.º 9, págs. 193-207.
- MENA, Manuel Antonio de (1736-1738), *Estado general del Imperio Rusiano o moscovita, desde su origen hasta la toma de Azoff, en la presente guerra*, Madrid, Imprenta de Lorenzo Francisco Mojados, 2 vols.
- MIRANDA, Francisco de (1977), *Diario de viajes y escritos políticos*, ed. Mario H. Sánchez-Barba, Madrid, Editora Nacional.

- MORENO, José (1790), *Viaje a Constantinopla en el año 1784*, Madrid, Imprenta Real.
- NIFO, Francisco Mariano (1762), *Descripción histórica y geográfica del Reyno de Portugal*, Madrid, Imprenta de Gabriel Ramírez.
- ORTEGA CHINCHILLA, María José (2016), «Viajeros españoles en Portugal en el siglo XVIII: Entre el conocimiento y la experiencia», *Tempo*, vol. 22, n.º 40, págs. 302-326.
- PARADELA, Nieves (2005), *El otro laberinto español: viajeros árabes a España entre el siglo XVII y 1936*, Madrid, Siglo XXI.
- PERDICES DE BLAS, Luis, y José Luis RAMOS GOROSTIZA, (2016), «Rediscovering America: Political Economy of Spanish Colonies According to the Explorers Juan-Ulloa, Malaspina and Humboldt», *Revista de Historia Económica*, vol. 34, n.º 1, págs. 135-159.
- RAMOS GOROSTIZA, José Luis (2010), «La percepción del cambio socioeconómico a finales del siglo XVIII: viajeros ilustrados españoles en Inglaterra», *Revista de Historia Industrial*, n.º 44, págs. 39-67.
- RODRÍGUEZ CAMPOMANES, Pedro (1762), *Noticia geográfica del reino y caminos de Portugal*, Madrid, Joaquín Ibarra.
- RODRÍGUEZ MOHEDANO, Rafael (1773), «Carta de fray Rafael Rodríguez Mohedano a fray José Gálvez de Santa Teresa, Lisboa, 24 de mayo de 1773», en Rafael Rodríguez Mohedano, *Apología erudita de sus obras y otros papeles*, Biblioteca Nacional del España, ms. 12874, fols. 82-83.
- SALVADOR, Joan (1972), *Viatge d'Espanya i Portugal (1716-1717)*, ed. Ramon Folch i Guillén, Barcelona, Edicions 62.
- SÁNCHEZ MOLLEDO, José M. (2005), «El viaje de Federico Gravina a Constantinopla en 1788», *Arbor*, vol. CLXXX, n.ºs 711-712, págs. 727-744.
- SOLANO, José (1793), *Idea del Imperio Otomano. Parte histórica del diario de navegación en su viaje a Constantinopla en el año 1787*, Madrid, Imprenta de Sancha.
- TORRUBIAS Y PONCE, José (1762), *Descripción geográfica-histórica del reino de Portugal*, Valencia, Joseph Estevan Dolz.